

### CAPÍTULO III

#### LA IMAGINACIÓN MÍSTICA

La imaginación mística merece un puesto de honor por ser la manifestación más completa y atrevida de la invención puramente teórica; emparentada con la imaginación difluente, sobre todo en la forma afectiva, tiene no obstante caracteres propios y especiales que hemos de procurar inquirir.

El misticismo descansa principalmente en dos modos de ser de la vida mental: el sentimiento, que nosotros no hemos de examinar ahora, y la imaginación que, en el caso actual, representa el elemento intelectual. Que la porción de conocimiento que soporta y admita este estado del espíritu sea de naturaleza imaginativa y no otra, es fácil de comprobar. En efecto, el misticismo considera los datos de los sentidos como apariencias vanas, ó todo lo más como signos que revelan, y con más frecuencia ocultan, la realidad; no tiene, pues, apoyo firme alguno en las percepciones; por otra parte, repudia la razón razonadora, y la tiene por un enfermo que se para á la mitad del camino; no deduce ni induce, ni saca consecuencias á la manera de las hipótesis científicas.

El misticismo, pues, imagina, es decir, realiza una construcción de imágenes que son para él el conocimiento del mundo; y la imaginación no procede, ni puede proceder aquí más que *ex analogia hominis*.

#### I

El fondo de la imaginación mística consiste en una tendencia á encarnar el ideal en lo sensible, en descubrir una idea oculta en todo fenómeno ó acontecimiento material, y en suponer en las cosas un principio sobrenatural que se revela al que sabe penetrarlo; su carácter fundamental, del que todos los otros se derivan, es pues un modo de pensar *simbólico*; pero también el matemático piensa por símbolos y no es por eso místico, luego hay que determinar bien la naturaleza de aquel simbolismo.

Para ello, observaremos ante todo que nuestras imágenes (tomando la palabra en su sentido más lato) se dividen en dos grupos distintos:

1.º Las imágenes *concretas*, de adquisición primaria, que son las representaciones en el primer estado, residuos de nuestras percepciones con las cuales están en relación directa é inmediata.

2.º Las imágenes *simbólicas* (ó signos), de adquisición secundaria, que son las representaciones en el segundo estado, no teniendo con las cosas más que relaciones indirectas y mediatas.

Fijemos sus diferencias en algunos ejemplos sencillos.

Las imágenes concretas son: en el orden visual,

el recuerdo de las figuras, de los monumentos, de los paisajes, etc.—en el orden auditivo, el recuerdo de los ruidos del mar, del viento, de una voz humana, de una melodía, etc.—en el orden motor, las sacudidas que se sienten durante el tiempo de descanso, después de zarandeados por un viaje marítimo; las ilusiones de los amputados, etc.

Las imágenes simbólicas son: en el orden visual, las palabras escritas, los signos ideográficos, etc.—en el orden auditivo, las palabras habladas ó imágenes verbales;—en el orden motor, los gestos significativos, ó mejor todavía, el lenguaje digital de los sordomudos.

Psicológicamente estos dos grupos no son de idéntica naturaleza; las imágenes concretas resultan de una persistencia de las percepciones, y sacan de éstas todo su valor; y las imágenes simbólicas resultan de una síntesis del espíritu, de una asociación de percepción á percepción, de percepción á imagen ó de imagen á imagen. Si unas y otras no tienen el mismo origen, no se extinguen tampoco de la misma manera como lo han probado numerosísimas observaciones de afasia.

La originalidad de la imaginación mística consiste en esto: *en que ella transforma las imágenes concretas en imágenes simbólicas* y las emplea como tales; extiende este procedimiento hasta á las percepciones, de modo que, todas las manifestaciones de la naturaleza ó del arte humano, toman un valor de signos ó de símbolos; más adelante se hallarán muchos ejemplos. Su modo de expresión es necesariamente sintético; por él, y por los materiales que usa, difiere de la imaginación descrita anteriormente; de la imaginación sensorial porque esta se sirve de for-

mas, movimientos y colores como teniendo un valor propio; y se distingue también de la imaginación que se desenvuelve por el empleo de las palabras, por un procedimiento analítico; así, pues, la imaginación mística tiene un sello especial.

De este carácter general (el simbolismo), dependen ó se derivan otros:

1.º Un carácter exterior: la manera de escribir y de hablar, y el modo de expresión cualquiera que sea. "El estilo que predomina en los místicos, dice Hartmann, es metafórico con exceso, liso y común á veces, ampuloso y enfático con más frecuencia. El exceso de imaginación se delata de ordinario en el pensamiento y en la forma que le traduce. Un signo del misticismo, que á menudo se ha tenido como un signo esencial, es la obscuridad y la ininteligencia del lenguaje, que se encuentra en casi todos los místicos que han escrito (1).»

Se puede añadir que, hasta en las artes plásticas, los simbolistas y los decadentes, han ensayado en la medida posible los procedimientos que indican; sugieren y dejan transparentar, en vez de precisar y fijar, por lo que son muy poco accesibles la mayor parte de ellos.

Este carácter de obscuridad procede de dos causas: primero, la imaginación mística se guía por la lógica del sentimiento, que es puramente subjetiva, llena de sobresaltos, de sacudidas y de vacíos; después emplea el lenguaje de las imágenes, visuales sobre todo, idioma cuyo ideal es lo vago como el ideal del idioma verbal es la precisión. Todo esto puede resumirse en una palabra: el carácter de sub-

(1) *Philosophie de l'inconscient.*

jetividad inherente al símbolo. Pareciendo que habla como todo el mundo, el místico se sirve de un idioma personal; las cosas se convierten en símbolos á gusto de su fantasía, y no usa jamás signos de valor fijo y universalmente admitido; nada tiene de particular que no le comprendamos.

2.º Un extraordinario abuso de la *analogía* y de la comparación en sus diversas formas (alegoría, parábola, etc.), consecuencia natural de un modo de pensamiento que procede por símbolos y no por conceptos. Se ha dicho con razón «que la fuerza única que fecunda el vasto campo del misticismo, es la analogía (1)». Un gran enemigo de los místicos, Bosuet, lo había ya observado: «uno de los caracteres de esos autores, es llevar las alegorías hasta el extremo». Imaginaciones ardientes, que tienen á su servicio sentidos sobrecitados, prodigan las metáforas y las figuras con la esperanza de explicar los misterios del mundo; sabido es á cuantos trabajos de invención han dado motivo los Vedas, la Biblia, el Corán y otros libros sagrados. La distinción entre el sentido literal y el sentido *figurado*, que es la arbitrariedad sin límites, ha dado á los comentadores una libertad de imaginar igual á la de los creadores de los mitos.

Todo esto es todavía bastante razonable; pero á la imaginación entregada á sí misma no la arredra ninguna extravagancia; después de haber torturado el sentido de las frases, tortura el de las palabras y concluye por torturar el de las letras; así, los kabalistas, tomando la primera y la última letra de las palabras de que se compone un versículo, forman

(1) T. Darmesteter, en Bécéjar, *Essai sur les fondements de la connaissance mystique*.

una palabra nueva que revela el sentido místico; ó bien sustituyen á las letras de que están compuestas las palabras, los números que esas letras representan en el sistema de la enumeración hebrea, para formar las más extrañas combinaciones. En el *Zohar*, todas las letras del alfabeto se presentan delante de Dios solicitando cada una ser elegida como elemento creador del mundo.

Recordemos también la mística de los números, diferente de la imaginación numérica ya estudiada; aquí el número no es más que el medio empleado por el pensamiento para moverse en el tiempo y el espacio, convirtiéndose en un símbolo y en materia de quiméricas construcciones; de ahí esos «números sagrados» que pululan en las antiguas religiones de Oriente: 3, símbolo de la triada; 4, símbolo de los elementos cósmicos; 7, representante de la luna y los planetas, etc., etc. Además de estas significaciones fantásticas, hay otras invenciones más complicadas: calcular, según las letras de un nombre transformadas en números, los años que ha de vivir un enfermo, los buenos ó malos auspicios de un matrimonio, etc. La filosofía pitagórica, como ha indicado Zeller, es la forma sistemática de ese misticismo matemático para el cual los números son, no símbolos de relaciones cuantitativas, sino la esencia misma de las cosas.

Este simbolismo á rajatabla, que hace tan frágiles las creaciones del misticismo y que no satisface al espíritu que apenas le vislumbra, es sin embargo una fuente innegable de energía por su prestigiosa aptitud de sugerir. Ciertamente que la sugestión existe también en el arte, pero mucho menos, por razones que vamos á indicar.

3.º Otro carácter de la imaginación mística es la naturaleza y el grado de la creencia que la acompaña. Ya sabemos (cap. II de la segunda parte) que cuando una representación entra en la conciencia, aun en la forma de un recuerdo ó de una reproducción meramente pasiva, aparece ante todo y momentáneamente con tanta realidad como una percepción, y mucho más todavía en las construcciones imaginativas; pero esta ilusión tiene muchos grados, y, entre los místicos, alcanza el *maximum*.

En el orden científico y práctico, acompaña al trabajo de la imaginación creadora una creencia *condicional* y provisoria; es preciso que la construcción de imágenes justifique su derecho á la existencia, para el sabio explicándola, y para el práctico tomando cuerpo en una invención que sirva y se adapte á su fin.

En el orden estético, acompaña á la creación una creencia *momentánea*. La fantasía, observa Gross, está necesariamente unida á la apariencia; su carácter especial no consiste solo en la libertad de imágenes; lo que la distingue de la asociación y de la memoria, es que lo simplemente representado se tiene por verdadero; hay en el creador una ilusión consciente (*bewusste Selbsttäuschung*); el placer estético es un estado de oscilación entre la apariencia y la realidad (1).

La imaginación mística supone una creencia *incondicional* y *permanente*. Los místicos son creyentes en el sentido absoluto del concepto, tienen fé; este carácter les es propio y tiene su origen en la intensidad del estado afectivo que suscita y sostiene

(1) Gross, *De Spiele der Thiere*.

esta forma de la invención. La intuición no se hace objeto de conocimiento aunque se reviste de imágenes. Se ha discutido mucho acerca del valor objetivo de esas formas simbólicas que son los materiales de la imaginación mística; semejante debate no tiene aquí interés alguno, pero podemos hacer la siguiente observación positiva: y es, que la imaginación constructiva no ha alcanzado nunca la forma alucinatoria con tanta frecuencia como entre los místicos. Las visiones, los contactos, las voces exteriores y las de dentro y «sin palabras», se han considerado últimamente como alucinaciones psico-motoras; todo esto se halla á cada paso en sus obras, y hasta ha llegado á ser trivial. Ahora bien, acerca de la naturaleza de estos estados psíquicos, existen dos soluciones: la una natural, que es la que nosotros acabamos de indicar, y la otra sobrenatural (la de la mayor parte de los teólogos), que tiene todos esos fenómenos por reales y reveladores. En uno y otro caso la imaginación mística aparece tendiendo naturalmente á la objetividad; se exterioriza por un movimiento espontáneo que la coloca en el lugar mismo de la realidad. Adóptese la conclusión que se quiera, ello es que ningún otro tipo de imaginación tiene en el mismo grado ese don de energía y de permanencia en la creencia.

## II

La imaginación mística, trabajando según el tipo que le es propio, produce construcciones cosmológi-

cas, religiosas y metafísicas, cuya sumaria exposición acabará de hacernos comprender su naturaleza.

I. La forma total (cosmológica) es la concepción del mundo por un ser puramente imaginativo; es rara, anormal, y en nuestros días no se halla apenas más que entre algunos artistas y soñadores estéticos á título de supervivencia y de pasada. Así, Victor Hugo ve en cada letra del alfabeto la imitación figurada de uno de los objetos esenciales del saber humano. «A, es el techo de la casa, con su tejado y el travesaño que corta el arco, *arx*; D, es la espalda; E, es el basamento, la repisa, etc.; de suerte, que la casa del hombre y su arquitectura, el cuerpo humano y su estructura, y después la justicia, la música, la Iglesia, la guerra, la siega, la geometría, la montaña, etc., etc., todo está contenido en el alfabeto por la mística virtud de la forma (1)». Más radical aun es Gerardo de Nerval (que dicho sea de paso estaba alucinado con mucha frecuencia): «En ciertos instantes, todo toma para mí aspectos nuevos; voces secretas salen de la planta, del árbol, de los animales y de los más humildes insectos para advertirme y animarme; los objetos sin forma y sin vida tienen contornos misteriosos, cuyo sentido comprendo yo solo». Para otros contemporáneos, el mundo real tiene aspecto de cuento de hadas.

La Edad media, época de imaginación viva y de escasa cultura racional, abunda en este sentido. «Muchos piensan que en la tierra, todo es signo, todo figurado y que lo visible solo vale por lo invisible que encierra». Plantas y animales, todo se convierte en materia de interpretación; todos los miembros

(1) Mabilleau, obra citada.

del cuerpo humano son emblemas: la cabeza, es Cristo; los cabellos, los Santos; las piernas, los Apóstoles; los ojos, la Contemplación; etc.; existen algunos libros especiales en los que se explica muy seriamente todo esto. ¿Quién no conoce el simbolismo de las catedrales y las divagaciones que han motivado? las torres, son la Oración; las columnas, los Apóstoles; las piedras y los cimientos, la asamblea de los fieles; las ventanas, son los órganos de los sentidos; los contrafuertes y los arcos volantes, son la presencia divina; y así continúa hasta los más ínfimos detalles.

Nuestra época, de intenso desenvolvimiento intelectual, no es muy dada á volver, sinceramente, á un estado mental que califica como de las primitivas edades; cuando se le acerca, difiere. El hombre primitivo supone en todas las cosas vida, conciencia y acción; el simbólico hace como él, pero no cree en una psiquis autónoma, distinta y especial inherente á cada cosa. La imposibilidad de abstraer y generalizar, propio de la humanidad naciente que poblaba el mundo de miriadas de seres animados, ha desaparecido; cada fuente de acción, revelada por los símbolos, aparece como una manifestación fragmentaria que se deriva de una fuente primera y única, personal ó impersonal; en el fondo de esta construcción imaginativa hay siempre deísmo ó panteísmo.

II. A menudo y sin razón se ha identificado la imaginación mística con la imaginación religiosa. Aunque se pueda sostener que toda religión, por rudimentaria y pobre que sea, supone un misticismo latente y un desconocido que los sentidos no alcanzan, se encuentran de hecho religiones muy poco místicas: la de los salvajes, estrictamente utilitaria; entre los bárbaros, los cultos guerreros de los ger-

manos y de los aztecas; y entre los pueblos civilizados, Grecia y Roma (1). No obstante, si la imaginación mística no está encerrada en los límites del pensamiento religioso, la historia nos enseña que en la religión es donde ha alcanzado el misticismo su más completa expansión.

Con brevedad, y sin salir de nuestro asunto, observaremos, que en todas las grandes religiones de evolución completa se produce un antagonismo entre los razonadores y los imaginativos, entre los dogmáticos y los místicos; los primeros, arquitectos racionalistas, edifican con ayuda de las ideas abstractas, de relaciones y operaciones lógicas, deduciendo é induciendo; y los segundos, arquitectos imaginativos, se inquietan y preocupan muy poco de tan sabio aparato; estos últimos (nada tenemos que decir de los otros) sobresalen en las creaciones llenas de animación y vida, porque el impulso que les mueve arranca de sus mismos sentimientos, „de su corazón”, y porque hablan un idioma formado de imágenes concretas y que, por lo tanto, siendo un lenguaje de símbolos, es al propio tiempo una construcción.

La imaginación mística es una transformación de la imaginación mítica, que consiste en que el mito se convierte en símbolos; le es imposible escapar á esta fatalidad; por una parte, los estados afectivos no pueden quedar vagos, difusos y puramente interiores, es preciso que se determinen en el tiempo y en el espacio, que se condensen en imágenes, constituyendo

(1) Eliminando las influencias orientales y los misterios que, según Aristóteles, eran, no una enseñanza dogmática, sino un espectáculo, una reunión de símbolos, actuando por evocación y sugestión, según el procedimiento propio de la imaginación mística, que ya nos es conocido.

una leyenda, un personaje, un acontecimiento, un rito (así, Budha, figurando las disposiciones á la piedad y á la resignación, resume las aspiraciones hácia el reposo final); por otra parte, las ideas abstractas y los conceptos puros repugnan á la naturaleza de místico, es preciso que se revistan de imágenes que se los dejen entrever (así, las relaciones entre la divinidad y el hombre en las diversas formas de la comunión; y la idea de la protección divina en las encarnaciones, mediaciones. etc.). Pero las imágenes empleadas no son secas y descoloridas á la manera de las palabras que, por un largo uso, han perdido todo valor representativo directo y no son más que rótulos ó etiquetas. Simbólicas, es decir, concretas (ya lo hemos visto), las imágenes son los sustitutos directos de la realidad y difieren tanto de las palabras como el dibujo y la pintura difieren de nuestros signos alfabéticos que, sin embargo, son los derivados y las abreviaciones de aquéllas.

No obstante, es preciso observar que si „el hecho místico es un esfuerzo ingénuo para comprender lo absoluto, un modo de pensar simbólico y no dialéctico que vé símbolos y encuentra en ellos la única expresión que le conviene (1)”, parece que esta fase imaginativa no ha sido más que una forma inferior para ciertos espíritus que han tratado de rebasarla por el éxtasis, aspirando á discernir el principio último como unidad pura, sin imagen y sin forma; lo mismo que el racionalismo metafísico espera conseguir por otros procedimientos y por otro camino. Por interesantes que sean para la psicología estas tentativas de impulsión progresiva, por la elimina-

(1) Récéjar, obra citada.

ción ilusoria ó real de todo elemento simbólico, son ajenas á nuestro propósito y no podemos detenernos en su examen.

III. "La historia muestra que la filosofía no ha hecho más que transformar las ideas de procedencia mística, y sustituir la forma de unas imágenes y las afirmaciones no demostradas, con la forma y las afirmaciones de un sistema racional" (1). Esta declaración de un metafísico nos ahorra muchas palabras.

Cuando se busca la diferencia entre el simbolismo religioso y el simbolismo metafísico (ó filosófico), se encuentra en la naturaleza de los elementos constitutivos. Orientado por el sentido religioso, el simbolismo místico supone dos elementos principales: la imaginación y el sentimiento; y orientado por el sentido metafísico, supone la imaginación y un elemento racional muy débil; esta sustitución prepara algunas desviaciones apreciables del tipo primitivo; la construcción tiene regularidad lógica más grande, y, además (este es el carácter más importante), los materiales, aunque recuerden todavía las imágenes simbólicas, tienden á convertirse en conceptos; éstos son: las abstracciones vivas, los seres alegóricos, las entidades heredadas de los espíritus y de los dioses; en una palabra: el misticismo metafísico es una forma de transición hácia el racionalismo metafísico, aunque estas dos tendencias hayan estado siempre en lucha tanto en la historia de la filosofía como en la de las religiones.

En esta reconstrucción imaginaria del mundo se podían establecer etapas según la fragilidad creciente de los sistemas, que á su vez dependen de la cantidad

(1) Hartmann, obra citada.

y calidad de las hipótesis. De Plotino, por ejemplo, á las creaciones delirantes de los gnósticos y de los kabalistas, la progresión es manifiesta; con ellos se entra en el mundo de la fantasía desenfrenada que, en vez de novelas humanas, inventan novelas cósmicas. Aquí aparecen los seres alegóricos mencionados más arriba, mitad conceptos, mitad símbolos; los diez *sephiroth* de la kábala, formas inmutables del sér; los *syzygies* ó parejas de la Gnosis (el espíritu y la reflexión, el abismo y el silencio, la razón y la vida, el soplo y la verdad, etc.); lo absoluto se manifiesta por el desarrollo de 52 atributos, cada uno de los cuales comprende 7 *cons* correspondientes á los 364 días del año, etc. Sería ocioso insistir en esas extravagancias que los eruditos pueden tratar con algún respeto, pero que para la psicología no tienen otro interés que el de un documento patológico; por lo demás, esta forma de la imaginación mística no ofrece bastante novedad para tratarla más extensamente.

Para concluir: la imaginación mística por sus libres giros, su variedad y su riqueza, no es inferior á ninguna otra forma, ni aun á la invención estética que, según el prejuicio común, es el tipo por excelencia; aquélla construye, por los más atrevidos procedimientos de la analogía, concepciones del mundo hechas casi exclusivamente de sentimientos é imágenes; arquitectura de símbolos.